

A la busca del tiempo perdido...

Hoy me he puesto a buscar el inicial recuerdo ponferradino de mi vida, y me salen meriendas de pan y queso en casa, de los Nieto, casi dentro de las piedras fuertes de los Templarios. Además, me daban cariño, como tiempo después en donde Pepe Barredo. Yo estaba allí, a mis ocho años, para el importante cometido de familiarizarme con los exámenes libres del Instituto, institución que a un niño de Villafranca debía sonarle como muy solemne, legendaria casi.

Hubo que esperar la edad reglamentaria, y con precocidad que Dios perdone a mis padres y maestros (porque nunca por madrugar amaneció más temprano) me presenté a ingreso y primero. El resultado fue satisfactorio, y no lo digo por alabarme; pero con un incidente que me llenó de zozobra. A media tarde era el ritual el bocadillo que en el bar del «Turco», pegado al Instituto, costaba por entonces 50 céntimos, tratándose como se trataba, de abundante y magro jamón serrano. Pero yo iba bajo el cuidado de mi hermana mayor, confesada por mis padres para que no fuéramos a hacer locuras dispendiosas, y ella descubrió que comprando aparte el pan, y también aparte el jamón en una tienda de la calle del Reloj (que a lo mejor era, también del «Turco»), se lograba una importante economía. Esos trámites se hicieron largos, y al regresar al venerable caserón docente sólo un silencio de mal agüero nos esperaba en los pasillos vacíos. Vacíos del todo, no; porque allí estaba don Manolo, mi preceptor, atento a proporcionarme una bofetada memorable. Me habían llamado ya y nada hubiera pasado con esperar la nueva ocasión que se ofrecía al final para estos casos. Pero unos mozuelos algo mayores y resabiados nos aconsejaron a Fito Silveiro y a mí que reclamáramos sin más demora. Nos pusimos en pie y nos dirigimos al tribunal en forma que su presidente consideró antirreglamentaria. Don Diego se enfureció como si Fito y yo, ¡pobres de nosotros!, quisiéramos subirnos a sus barbas, unas barbas muy recortadas y francesas. Por aquello nos excomulgó hasta otro año, y sólo la gestión de repetidas embajadas consiguió aplicarlo y que nos admitiera a examen ocho días después en la segunda vuelta.

Estas y otras cosas edificaban para mí apreciación el prestigio y la capitalidad de Ponferrada. Yo me arrimaba a mis amigos y amigas de la ciudad, de quienes obtenía datos sobre libros de texto, los apuntes y lo que exigía tal o cual catedrático; y no menos debo a los ponferradinos algunas pequeñas, pero decisivas enseñanzas. Por ejemplo, la primera vez que vi una paja de las de chupar los refrescos fue con Mariano Arias. Él, siempre rapaz y muy fino, me convidó en un bar y yo pedí un refresco de limón, que no atacué, fingiendo indiferencia, hasta ver por mi amigo la utilidad del

accesorio. ¡Gracias, querido Mariano!

Pero la más honda convivencia se produjo cuando juntos marchamos a la reválida. ¡Qué lejos, madre mía! Nada menos que a Oviedo. Yo salí de casa lleno de consejos, más con la preocupación del nudo de la corbata. Mi madre consideró que no tendría problemas yendo con Elvio Nieto, discreto muchacho como era fama. Pero en casa de él pensaron lo mismo con respecto a mi mundanidad. Si los dos fuimos de corbata a la ilustre Universidad ovetense fue por la maña de una camarera de la Pensión «Moderna», completísima moza de Cangas de Onís, cuya proximidad abundosa todavía yo recuerdo, y Elvito, a lo mejor, también.

Sin embargo, la constancia más desolada de mi pasmonería la notaba yo en lugares de diversión que no había ni barruntado. Llegué a sentir odio contra mi sastre cuando veía las chaquetas de los de Ponferrada con sus fuelles en la espalda tan deportivos. Y, lo ya imprevisible, Farina presentaba camisas a cuadritos con la corbata exactamente del mismo género. La verdad es que gracias al liderazgo de Farina nuestro grupo planchaba en el «Lyon d'Or». Yo ensayé tímidamente el imitarle, gritando «¡Yupi!» a la artista, Farina era inimitable, y con razón me ponía de bestia y cateto porque el Yupi quedaba bien en una rumba, nunca con «El Sitio de Zaragoza». Menudo punto de cabaré debía ser yo, con aquellas gafas prematuras, prescripción de don Elio cuando aún ejercía él en Villafranca.



Pero aún más he sufrido la prepotencia templaria -y ahora lo digo sin ningún rencor-, en las altas cosas del espíritu. Ya antes de tener barba escribía yo en el «Diario de León», pero sólo pequeñas crónicas con mi firma, al final del texto. Al hoy profesor Lago Carballo (don Antonio), que por entonces tenía más pelo, en la cabeza, pero ningún bigote, le publicaban artículos en el "Pensamiento Navarro", a dos columnas y con la firma debajo del título, que era mi mayor e inalcanzable esperanza. Pero aún fue peor que Lago se presentara un día en Villafranca, ¡y en coche propio! Por entonces me pasaba yo, las horas en la librería de mi tío Tomás, leyendo de gorra, unas existencias inexplicables -allí- por su abundancia y calidad. El de Ponferrada cargó con todo, y aún mi tío le rebajó, porque aquello lo reputaba de saldo. Quizá por culpa de Lago Carballo (don Antonio), a quien no por eso niego el saludo cuando nos encontramos, mi cultura literaria adolece de tantas lagunas.

Y vamos ya a olvidar los resentimientos. Bueno, no, todavía otro: Hubo una época en que las bombillas villafranquinas eran amarillas y tristes mientras en, Ponferrada se derrochaba luz. Apostaría yo algo a que fue entonces cuando a Ramón González Alegre le acudió la exacta e impresionista pincelada, mirando en la noche desde el alto de Gallegos:

«Ponferrada se me alcanza

Como un salón encendido...»

Pero basta. No voy a vengarme aquí con un artículo interminable. El tiempo -¡y ahora muy en serio!- ha venido madurando los afectos hondos. Poner la nómina de quienes hoy hacen la Ponferrada de mi corazón, junto a los nombres de los verdes años, sería larga aventura. A todos, gracias. Y también a la Ciudad -con mayúscula-, que nos ha condecorado a tres escritores villafranquinos, y tres es mucho en el censo restringido del «Pimiento de Oro». Claro está que los de Villafranca, esto hay que reconocerlo, escribimos bastante bien...

Antonio PEREIRA